

Fracaso escolar

I. Carabaño Aguado^a, MC. Aguado González^b

^aPediatra. CS Alicante (Servicio Madrileño de Salud), Fuenlabrada (Madrid).

^bProfesora. Instituto de Educación Secundaria Octavio Paz, Leganés (Madrid).

Rev Pediatr Aten Primaria. 2007;9: 201-3

Iván Carabaño Aguado, carabano1975@hotmail.com

Dentro de unos días, coincidiendo con los exámenes finales, los medios de comunicación volverán a hablarnos del fracaso escolar. Puede que alguno de nosotros lo sufra –ojalá no–, como suele decirse, en sus propias carnes. Y es que el fenómeno no es, desde luego, una simple anécdota. España tiene el dudoso honor de ser el segundo país de la Unión Europea con mayor tasa de fracaso escolar, después de Portugal. En España, el 32% de los alumnos de enseñanza media repite curso, el 48% no supera el bachillerato y el abandono de los estudios universitarios ronda el 50%. Cifras¹, como se puede comprobar, muy llamativas.

El propio término “fracaso escolar” es digno de reflexión. La palabra “fracaso”, llena de connotaciones negativas, parece muy alejada de lo que se supone que ha de ser la infancia; la palabra “ni-

ño”, por contra, está plagada de resonancias positivas. Un niño es un proyecto, una ilusión en marcha, y lo peor que le puede ocurrir a todo proyecto es que se trunque, esto es, que fracase. Nada habrá tan dramático y terrible. Por eso, la palabra “fracaso”, tan adulta y triste, nos choca enormemente al aplicarla al mundo infantil.

Las causas que motivan el fracaso escolar son muy variadas, e incluyen diversos factores, tanto orgánicos, como intelectuales, emocionales, incluso nutricionales. Entre los primeros, cabría destacar el retraso mental, los trastornos del aprendizaje, los trastornos del espectro autista y el trastorno por déficit de atención, con o sin hiperactividad; entre los segundos, no olvidemos a los niños superdotados; entre los factores emocionales, destacan la depresión, la inseguridad y la baja autoestima. Y no

pasemos por alto otra cosa: muchos niños acuden al colegio sin desayunar, hecho que no beneficia en absoluto su rendimiento académico. En este sentido, el Ministerio de Sanidad y Consumo está haciendo una campaña para potenciar el hábito de hacer un desayuno saludable. A todos estos aspectos los pediatras de Atención Primaria les dedicamos a diario, entre infección respiratoria e infección respiratoria, buena parte de nuestras saturadas consultas. Pero, posiblemente, los factores que más nos preocupan del fracaso escolar, como pediatras y como ciudadanos, son los sociales.

El estudio implica esforzarse; enriquece, sí, y puede que llegue a ser interesante y divertido. Pero, para ello, el niño debe implicarse, sentarse, pararse, detenerse a estudiar. Y los niños de nuestro siglo se han educado en las virtudes de la velocidad. Sus padres lo hacen todo deprisa: van a la compra sin perder un minuto, los llevan a las actividades extraescolares forzando el paso, juegan con ellos a *toda pastilla* (pocos minutos, claro, porque enseguida los tienen que mandar a la cama). Sueñan, además, con hacer una rápida fortuna cada vez que rellenan la lotería primitiva, hecho que les permitiría desembarazarse de hipotecas y préstamos a *la voz de ya*. Y,

además, los modelos de referencia de nuestros hijos, que son los que a diario ven en la televisión, se han convertido en ídolos de masas sólo por cantar en un programa durante un par de meses, o en millonarios por declarar que han compartido alcoba con una antigua celebridad, o por haber sido su mayordomo o jardinero. Aun así, queremos que nuestros hijos estudien, que se esfuercen, que *calienten sus codos*, pero no nos damos cuenta del mensaje que, a través de los medios, les estamos dando. Puede que sean más *bajitos* que nosotros, puede que sean más vulnerables, y que lloren o se encaprichen de vez en cuando. Pero tienen ojos y oídos, picaresca suficiente, toda la intuición del mundo y más. ¡Vaya, que no son tontos!

Aparte de otras consecuencias mucho más obvias, lo que más nos alarma es la proliferación del llamado *analfabetismo funcional*. Un analfabeto funcional es alguien que sabe leer y escribir, que hace operaciones básicas, pero poco más. Este hecho, más allá de la frustración inmediata que puede generar (sobre todo, una barrera de acceso al de por sí precario mundo laboral), redundará en la aparición de un nicho poblacional de menor espíritu crítico y más fácilmente manipulable.

De todas maneras, no queremos dar una visión catastrofista de nuestros pobres chavales, en su mayoría activos, estudiosos y estupendos. Los niños de hoy son las víctimas, por un lado, de nuestra alocada permisividad y, por otro, de nuestra eterna falta de tiempo para atenderlos en su justa medida. Además, los hemos criado idolatrando el tiempo de ocio y esperando con frenesí la evasión física y mental de los

días de vacaciones (cada día viajamos más y más lejos para desubicar nuestra rutina). ¡Y encima nos extraña que no estudien!

Como dice Julia Burrueco Arjona² en el artículo *Las consecuencias de una educación a demanda*, "los niños no se educan solos, necesitan adultos sólidos de referencia". Creemos que merece la pena que reflexionemos. Estamos a tiempo de enmendar el error.

Bibliografía

1. Ministerio de Educación y Ciencia. Secretaría General Técnica. Oficina de Estadística. Subdirección General de Información y Publicaciones. Datos básicos de la Educación en España en

el curso 2006-2007. [Consultado el 15/04/07.] Disponible en www.mec.es/mecd/estadisticas/educativas/dcce/DATOS_Y_CIFRAS_WEB.pdf.

2. Burrueco Arjona J. Las consecuencias de la educación "a demanda". *Rev Pediatr Aten Primaria*. 2007;9:291-9.

